

FERNANDO MOLINERO HERNANDO

Geógrafo, estudioso del mundo rural. Universidad de Valladolid

De la plétora demográfica al vaciamiento general: la difícil situación del campo en el interior de España

El campo del interior de España está en un proceso regresivo y de envejecimiento”, especialmente en extensas llanuras agrícolas, pero “las áreas periurbanas, y especialmente las próximas a grandes ciudades, manifiestan un claro dinamismo, por irradiación desde la urbe”, incluidas las montañas. Son algunas de las conclusiones de un artículo que repasa la evolución de la población rural desde los años sesenta del pasado siglo.

Hace más de medio siglo que España cambió su modelo de desarrollo económico de una manera radical. Puso en marcha el Plan de Estabilización de 1959, que en el lapso de dos decenios revolucionó las estructuras económicas y los fundamentos de la sociedad española. Su economía dejó de fundamentarse en la agricultura como factor clave de desarrollo para orientarse hacia la industria y los servicios.

El proceso, según los estudiosos del tema en los años sesenta y setenta, produjo un éxodo, esencialmente rural, de unos seis millones de personas, que se dirigieron desde el campo español hacia las ciudades europeas (unos tres millones) y españolas (otros tres millones).

Obviamente, el éxodo rural se alimentó de la modernización agraria, pero, al mismo tiempo, esta modernización y tecnificación redujo la necesidad de mano de obra para la agricultura a niveles mínimos, tanto que si una hectárea de trigo en los años sesenta consumía diecisiete jornadas de trabajo al año, en la actualidad solo consume media jornada (entre cuatro y seis horas).

SIN RECUPERACIÓN

Esta situación redujo la densidad del campo del interior de España en aproximadamente dos tercios, desde unos treinta habitantes por kilómetro cuadrado a otra por debajo de diez, con diferencias notables entre regiones y comarcas. La pérdida de población y de actividad económica trajo consigo la pérdida de servicios y, con todo ello, la aminoración de los pueblos, especialmente los de la mitad septentrional de España, donde el poblamiento se basaba en pequeños núcleos.

En contra de lo que habitualmente se publica y defiende, el campo español no ha comenzado un proceso de recuperación, al estilo de lo que ha sucedido

en países más densamente poblados, por cuanto la salida de la población agraria no ha sido sustituida por la llegada de otros agricultores (ya que continúan abandonando muchos de los existentes) o de otros profesionales, que solo llegan a cuentagotas.

De este modo, las densidades generales del campo han caído por debajo del páramo demográfico, situado en los 10 hb/km², especialmente en las áreas de montaña y, sobre todo, en las de la cordillera Ibérica, máximo exponente de la despoblación, bien visible en las provincias de Soria, Guadalajara, Cuenca y Teruel.

Por ello, por medio de los mapas de máximos poblacionales, densidad de población y balance reciente de población en los municipios rurales de España, pretendemos diagnosticar la situación demográfica y socioeconómica del campo español. Definimos como municipio rural aquel que cumple la doble condición de no alcanzar los 30.000 habitantes ni llegar a una densidad de 100 hb/km² (siguiendo el criterio de la Ley 45/2007 de Desarrollo Sostenible del Medio Rural).

En esta situación se encuentran 6.670 municipios (de los 8.122 existentes en España). De ellos, 5.066 han perdido población durante la crisis; lo que afecta a una extensión de casi



dos tercios del territorio español. En ese territorio se pierden habitantes y, en consecuencia, se envejece más, porque se pierden no solo por defunción, sino también por emigración.

Si nos fijamos en los mapas, podremos comprobar que hay dos situaciones llamativas. La primera afecta a las montañas: todas han perdido población, con la excepción de un escaso número de municipios del Pirineo catalán o de las montañas vascas, que al hallarse próximos a áreas densamente pobladas se benefician del dinamismo irradiado desde estos focos.

Por otro lado, las áreas de las comarcas agrícolas de llanura son las que más pierden y las menos densas, pues el hecho de haber basado su riqueza y desarrollo en la producción agraria tradicional (cereales y leguminosas, lana, vino, etcétera), las ha condenado hoy a una especialización incapaz de enderezar su rumbo. Así, en las campiñas de Tierra de Campos, al norte del Duero, se localizan pueblos pequeños, envejecidos, en los que la mitad de la población está constituida por jubilados y la otra por activos casi exclusivamente empleados en la agricultura o la ganadería.

MONTAÑA Y LLANURA

De este modo, suele haber una diferencia clara entre las áreas de montaña, despobladas, con densidades por debajo de los 5 hb/km², pero plurifuncionales, frente a las áreas de llanura, que, con las mismas condiciones demográficas, casi todo el empleo lo concentran en las actividades agrarias.

En efecto, ese pretendido movimiento de regreso al campo solo se produce, además de en las áreas de influencia urbana, en las zonas de montaña próximas a grandes núcleos de población, como en el Pirineo catalán o la montañas vasco-cantábricas, mientras todavía no afecta a las llanuras agrícolas del espacio rural profundo. Sin embargo, los municipios de montaña que crecen lo hacen porque llega a ellos un puñado de habitantes, incapaz por sí mismo de superar la atonía y falta de dinamismo general.

Sin espacio para análisis extensos, podemos afirmar rotundamente que el campo del interior de España está en un proceso regresivo y de envejecimiento. No obstante, las áreas periurbanas, y especialmente las próximas a grandes ciudades, manifiestan un claro dinamismo, por irradiación desde la urbe.

Por el contrario, las extensas llanuras agrícolas del interior y las penillanuras de la Raya con Portugal (de Orense a Huelva) manifiestan una falta de dinamismo y de diversidad productiva que se traduce en un movimiento regresivo

generalizado; un proceso tanto más acusado cuanto más pequeños son los núcleos de poblamiento, por su dificultad de albergar servicios que atraigan a la población.

No podemos pasar por alto que la agricultura intensiva, tanto la dedicada a la producción de hortalizas como la de frutas, y últimamente también la destinada a la producción de vino, dan lugar a una evolución económica y social progresiva, en relación con su alta capacidad de creación de empleo. **R**

Densidad de población en España, por municipios, en 2016

